

Democracias republicanas y Estados fuertes: estrategia económica después de la crisis

ERNESTO O'CONNOR

Revista Cultura Económica
Año XXX • N° 83
Agosto 2012: 11-19

I. Introducción

La crisis de las hipotecas de 2008 ha significado, definitivamente, el fin de un orden económico global establecido desde comienzos de los años '80, dominado por el capitalismo de mercado occidental, también llamado neoliberalismo, bajo la impronta del pensamiento del *mainstream* neoliberal-neokeynesiano. Este sistema sucedió al keynesianismo por casi treinta años, hasta setiembre de 2008, con la quiebra del banco de inversión Lehman Brothers, si se puede citar una fecha simbólica. Lideró el desarrollo mundial con grandes avances tecnológicos, bajo el entorno de una organización socio-política generalmente republicana y democrática, con la primacía del individuo como motor de la empresariedad y la innovación. La expansión del capitalismo comercial, financiero y tecnológico fue simultánea, y permitió el crecimiento global.

Con todo, la inequidad en el mundo no se redujo, y salvo en la región de Asia Pacífico, los avances en la lucha contra la pobreza no fueron los esperados. La globalización financiera fue fatal para países que también se insertaron intensivamente de esta manera, como Irlanda, Grecia y Portugal, más recientemente Italia y España en la Unión Europea, tal como había ocurrido una década atrás con países como la Argentina y Turquía, entre otras naciones emergentes. Cabe la reflexión de Helpman, Itskhoki y Redding (2008), en el sentido de que la inequidad y el desempleo no

necesariamente han cedido en los países emergentes con la globalización, pues las mejoras de competitividad no se han extendido a todos los sectores productivos y sociales de la misma manera.

Desde setiembre de 2008, la lenta recuperación de la endeudada economía norteamericana, y la prolongada crisis de las economías de baja productividad relativa de la zona del euro, junto al estancamiento de largo plazo de Japón, vienen implicando un límite a la expansión global de los enfoques de organización económica y social basados en el mercado y en los sistemas de gobierno de democracias republicanas.

En cambio, desde 2009 hasta 2012, las locomotoras de la economía mundial han sido los BRIC, junto a varios otros países emergentes. Estas naciones, mayormente, no se caracterizan por una gobernanza republicana. En algunos casos se trata de democracias “débiles” en términos de repúblicas, en otras instancias de democracias “sociales” –donde el poder reside en la consulta o la movilización popular como mayores expresiones– y en otros casos, de gobiernos hegemónicos en la práctica bajo la forma tanto democrática como dictatorial. Con todo, la economía suele ser mixta, con la presencia de “Estados fuertes”, que conviven con el mercado, o con un mercado sectorialmente más o menos intervenido. Se destacan al respecto China y Rusia.

En este contexto, Brasil y la Argentina, dos emergentes con algunas características similares, han venido creciendo de manera

diferente, debido a dos estrategias de desarrollo distintas. En el caso de Brasil, un aggiornado desarrollismo, denominado *Neodesarrollismo*; por el lado de la Argentina, un esquema que podría denominarse, con más fuerza desde 2012, como de *Nacionalismo Proteccionista*.

Esta aparente nueva oportunidad de desarrollo para los países emergentes, iniciada en muchos casos hace un par de décadas, se ha profundizado en nuestros días, imponiendo a la par una revisión acerca de los fundamentos del desarrollo económico y social de largo plazo. La teoría del desarrollo económico sigue siendo, como en los comienzos formales de la ciencia económica, un tema no resuelto. De aquella preocupación de los economistas clásicos, como Adam Smith, por explicar las causas de la riqueza de las naciones hace más de dos siglos, a los interrogantes de la actualidad, no existe una brecha tan grande como suele pensarse. Pero sí existe un campo de la Economía con más interrogantes que leyes de comportamiento definitivamente identificadas: el ámbito del desarrollo económico.

En este trabajo se revisan algunas tendencias alternativas entre los países emergentes en los últimos años, en especial en lo relativo a su estrategia frente a la crisis de las hipotecas. Si bien el fin de la historia aún no está escrito, parece perfilarse el fin de la hegemonía del modelo *mainstream* neoliberal-neokeynesiano, y su reemplazo por una acotada constelación de alternativas algo heterodoxas que lideran, con buena diferencia con respecto a EE.UU. y la Unión Europea, el crecimiento de la economía mundial.

Del mercado al Estado –en este recorrido pre y post-crisis de las hipotecas– como “centro” de la economía, surge la pregunta acerca del rol del hombre como mero engranaje del sistema, o como protagonista central de su destino económico y social, tal como ilustra la Doctrina Social de la Iglesia.

II. Los modelos centrales de Estados fuertes: China y Rusia

El modelo chino se desarrolló desde los años ‘80 en un contexto de desarrollo productivo en la región de Asia Pacífico. Esta es la única región del mundo donde efectivamente se redujo la pobreza de manera estructural en los

últimos cuarenta años. En este lugar del planeta las economías optaron por un *export-led growth model* y se fueron organizando, con matices, en torno a los siguientes parámetros.

- Gobiernos dictatoriales o democracias “débiles”
- Alta acumulación de ahorro nacional de largo plazo, bajo consumo privado y alta inversión
- Innovación en el sentido de réplica de tecnología y desarrollo posterior
- Modelo mixto, con fuerte intervención estatal y de corporaciones nacionales, creando capitalismo nacional
- Sin distribución del ingreso en las primeras –largas– etapas del desarrollo
- Población “no demandante” de equidad, por cuestiones culturales, y con alta propensión al trabajo
- Posterior formación de capital humano
- Conquista de mercados de importación de manufacturas de EE.UU y la Unión Europea, como así también del resto del mundo

Los países del Este de Asia, originalmente los cuatro tigres: Corea, Taiwán, Singapur, Hong Kong, y desde los años ‘80 casi todos los países de la ASEAN (*Association of Southeast Asian Nations*), priorizaron un modelo de inversión orientado a la demanda internacional, y no al consumo interno, en base al excedente de mano de obra, en el sentido de A.W. Lewis (Knight, 2007). Es decir, sacrificaron consumo presente por futuro, siendo esta la razón central de su éxito según Krugman (1994). Por caso, las tasas de ahorro iniciales del 45%, del 35,1% entre 1987 y 1994; y del 30% desde la década del 2000.

Si bien todos los países asiáticos de desarrollo reciente realizaron reformas profundas en sus economías, tuvieron una estrategia nacional, impulsada por el Estado. En todos los casos se verificaron equilibrios macroeconómicos básicos así como también políticas públicas activas, mayormente de carácter vertical, con la promoción deliberada de sectores definidos como estratégicos. Los *chaebols* coreanos son uno de los mejores ejemplos, con empresas multinacionales líderes globales en la actualidad, pero las corporaciones nacionales chinas también lo son, surgidas de una estrategia diferente.

El Estado ha realizado una intensa planificación estratégica en países como China, en el sentido de Vietor (2007). La estrategia implica objetivos, y para lograrlos, se deben adoptar ciertas políticas macroeconómicas y microeconómicas de ordenamiento de los incentivos.

Los países compiten por *market share* en la economía mundial, por la inversión extranjera y por las exportaciones, a través de sus negocios. En una economía global de U\$S 44 trillones, el objetivo de la competencia es el crecimiento y el desarrollo para reducir la pobreza, mejorar la calidad de vida, crear nuevos empleos. Esta competencia está liderada por los gobiernos de varias maneras. Estos proveen seguridad jurídica, asumen los riesgos, administran la macroeconomía, hacen políticas sectoriales. Los gobiernos plantean estrategias hacia el futuro, para competir. Las estrategias de los gobiernos importan, ya que son responsables por la buena política gubernamental en sus países. Cada país tiene una estrategia para el desarrollo económico que puede ser explícita y cuidadosamente formulada, y discutida como tal por funcionarios gubernamentales, o puede ser enteramente implícita –una colección de objetivos y políticas que apenas aparecen como una estrategia luego de implementadas. Por supuesto, la estrategia en sí misma no es suficiente. Los países deben tener una estructura organizacional que pueda implantar a la estrategia. Un desequilibrio entre estrategia y estructura –o peor, con instituciones fracasadas– invariablemente lleva a bajo o nulo crecimiento. La estrategia y la estructura deben ajustarse al contexto de cada país –las condiciones nacionales e internacionales en las cuales opera (Vietor, 2007).

Rodrik hace hincapié en la experiencia del Sudeste Asiático y de China.

La verdadera enseñanza china es más simple y además es igual, a grandes rasgos, a la de todo el Este Asiático. Lo que distingue a los países asiáticos es el

enfoque netamente productivista de sus políticas económicas. Hago referencia al término ‘productivista’ como la perspectiva de diseñadores de política económica y líderes políticos de ocuparse, en primer lugar –y antes que cualquier otra cuestión– de la salud de los productores reales: las empresas, industrias y sectores económicos. En este enfoque no se considera una virtud que el Estado mantenga distancia del productor. Por el contrario, las autoridades interactúan intensamente con ellos (Rodrik, 2005).

Los casos de China y Rusia, con diferentes tipos de intervención estatal y de estructura organizacional heredada de sus distintos tipos de comunismo, se basan en una estrategia generada por la intervención de “Estados fuertes”¹. Los “Estados fuertes” son claves en la asignación de los recursos en los sectores que definen como estratégicos, sobre todo la energía y los alimentos, como así también los servicios y la industria de alta tecnología. El resto de los bienes y servicios se desenvuelven en “mercados” algo menos intervenidos.

En China, los hidrocarburos y los metales son generados por empresas nacionales, que se expanden por el mundo adquiriendo activos y tierras en aquellos países en que pueden hacerlo. En Rusia, la propiedad del gas y el petróleo por parte de grupos nacionales, y la alta intervención del gobierno en los mercados agrícolas de exportación, son claros ejemplos de participación en sectores estratégicos, en un contexto donde el poder político es sostenido desde hace años por el mismo partido. Rusia también se ha visto beneficiada por la suba del precio de los *commodities* generada por China en la década del 2000.

Si Asia fue la región que más creció en el mundo desde los años ‘90, China ha crecido al 8.3% promedio anual desde 1990 hasta la actualidad, y puede volver a ser el país de mayor de PIB del mundo, como lo era antes de la revolución industrial. A partir de su abrupta aparición en los mercados de importaciones globales desde 2002, China ha venido cambiando el mapa global de la distribución del trabajo. La creciente e incesante demanda china de materias primas,

alimentos, energía y metales ha provocado la suba constante de los precios de los commodities. A esto se sumó desde mediados de década la demanda desde la India, y en parte desde el subcontinente Índico. La agresiva política comercial china, invadiendo el mundo con manufacturas livianas y tecnológicas, a precios decrecientes, terminó de desequilibrar los términos de intercambio globales.

De este modo, los países productores de alimentos, metales y energía han tenido un efecto riqueza notable desde la década del 2000. En este grupo están, fundamentalmente, los BRICS –sin la India y con Sudáfrica– los países de América del Sur –sobre todo los del Atlántico– algunas naciones de África –aún sin peso global– y los tres países del Mar Negro: Rusia, Ucrania y Kazajstán, como los más destacados.

La globalización comercial de la década del 2000 ha sido así positiva para algunos países productores de bienes primarios del hemisferio sur, que se insertaron mejor de la mano de mayores exportaciones. Esto fue posible con equilibrios macroeconómicos derivados de la mejora en la balanza de pagos, pero en muchos casos de la mano de una mayor intervención de un nuevo Estado, sin importar cuál fuera su tipo de Estado fuerte.

En definitiva, los BRIC, Brasil, Rusia, India y China, son quienes han sostenido, junto a los emergentes, el crecimiento del comercio mundial luego de la caída de 2009, hasta nuestros días, y parecen las economías que compartirán el futuro del crecimiento mundial junto a EE.UU. y a las mejores naciones que superen la crisis del euro. Al respecto, el sendero de las economías occidentales de cara al futuro es cuanto menos incierto. El modelo de crecimiento en base al mercado ha entrado así en competencia con los modelos de desarrollo basados en “Estados fuertes”.

Dani Rodrik (2011) es uno de los autores que cuestiona la forma actual del capitalismo occidental y plantea interrogantes relacionados con los “Estados fuertes”. El autor plantea la paradoja de la globalización, donde la democracia, el rol del Estado y el futuro de la economía mundial están en juego. La paradoja es que los mercados necesitan de los Estados, pero éstos se encuentran debilitados, quizás fatalmente, en la medida en que la

hiperglobalización siga avanzando como hasta ahora. A medida que los mercados ganan lugar en las decisiones, los Estados pierden incidencia, y esto afecta las democracias, cuando en realidad, los mercados y los Estados deben ser complementarios.

En la posguerra, de algún modo, había un equilibrio, pues se promovía el comercio exterior a partir de un Estado fuerte con el rol de promover el desarrollo, la estabilidad y la democracia. Al colapsar el sistema de tipos de cambios fijos de Bretton Woods, la globalización moderada también colapsó. El manejo de las economías nacionales dependió crecientemente del comercio y las finanzas internacionales, como nunca antes había ocurrido. Esto sucedió en casi todo el mundo, pues las ideas de los economistas *mainstream* prevalecieron globalmente, excepto en Asia Pacífico, precisamente, la región que más creció, donde se redujo la pobreza, y la cual es ahora, en parte, la acreedora de Occidente. Los globalizadores tuvieron dos supuestos erróneos: creer que la integración global era independiente del desarrollo institucional, que vendría después; y creer que la globalización no tendría efectos sobre los acuerdos institucionales de cada país, fronteras adentro. Al respecto, Rodrik (2005) cita el derrotero de la Convertibilidad en la Argentina, como ejemplo extremo de inserción plena en la hiperglobalización, y con una salida traumática en 2002.

Tiempo después, Rodrik redefinió su trilema: “no es posible tener alta globalización, democracia política y un Estado nacional competente” (2011). Como máximo, se pueden tener dos de estos tres objetivos. Si se quiere preservar la democracia, se tiene que elegir entre soberanía nacional y globalización. Si se quiere preservar al Estado nacional, se tiene que elegir entre democracia y globalización. Si se quiere preservar la globalización (híper), se debe sacrificar a la democracia política o al Estado nacional. El problema es que la gobernanza global deja a los Estados con pocos grados de libertad, pues están sujetos a las finanzas globales y a las empresas multinacionales.

En nuestra interpretación, China es el caso emblemático que ha optado por un

“Estado fuerte” con globalización, sin democracia. De esta manera, ha llegado a ser la segunda economía del mundo. En el caso de Rusia, el trilema se cumple si se considera la existencia de una democracia sin alternancias en el poder desde hace muchos años.

Rodrik finalmente analiza al capitalismo, definiendo como 1.0 al capitalismo de fines de siglo XIX y comienzos del XX, y como capitalismo 2.0 al sistema organizado desde Bretton Woods, con un rol activo de los Estados y de las políticas económicas y sociales de cada país. La hiperglobalización desde mediados de los años ‘70 ha reemplazado a este capitalismo, limitando los acuerdos globales y la independencia de los Estados derivados de Bretton Woods. Luego, promueve un capitalismo 3.0, un sistema mixto en el espíritu de Bretton Woods. Los mercados deberían depender de los sistemas de gobernanza. Cada país debería proteger sus instituciones, acuerdos internos y regulaciones, en el marco de un nuevo orden global, más coordinado y regulado. Se debe, en definitiva, reconectar la economía con las instituciones y con la política.

En una línea no tan diferente, Jeffrey Sachs (2011) plantea que la economía occidental está íntimamente interconectada con un drama mucho más amplio que la propia actividad económica, y que incluye a la política, a la psicología social, y al medio ambiente. Los temas económicos rara vez pueden entenderse en forma aislada, aunque la mayoría de los economistas suelen caer en esta trampa.

Sachs critica también a las multinacionales en el proceso que terminó en la aún no solucionada crisis de las hipotecas de 2008, al señalar que en la globalización, las empresas multinacionales se benefician con el aumento de la productividad y los salarios bajos de los países del tercer Mundo, y la tendencia de sus gobiernos a reducir impuestos para atraer inversiones. Esto favorece a las corporaciones de EE.UU. pero perjudica a los trabajadores del mismo país, generando desempleo. Sachs promueve mayor regulación y protección social en la crisis, y como sociedad, sostiene que se deben establecer nuevamente las relaciones entre mercados, política y sociedad civil.

Se trata de dos primeras lecturas que buscan abrir caminos alternativos, aunque no

de shock, a la ordenación económica aún vigente en las economías occidentales, a la luz de lo que acontece en otras economías emergentes líderes, que son las locomotoras del crecimiento mundial en la actualidad, y que asoman introduciendo cambios en el análisis del desarrollo económico.

En estas nuevas formas de organización económica, el centro de la economía es el “Estado fuerte”, no el mercado. Tampoco lo es el hombre, que pasa a ser simplemente un consumidor de bienes de mercado o de transferencias públicas, más que un ciudadano al estilo de las democracias republicanas de origen anglosajón.

III. Las experiencias de “Estados fuertes” en América del Sur: Brasil y Argentina

Los casos de Brasil y de la Argentina se pueden enmarcar en el contexto de la crisis del capitalismo occidental y el surgimiento de los Estados fuertes, si bien con particularidades.

Brasil sigue un modelo económico de *Neodesarrollismo*, que es la versión actualizada, en la globalización, del *Desarrollismo Nacional* histórico de Brasil. El *desarrollismo* ha sido, dentro de la estrategia de sustitución de importaciones de América Latina, una estrategia diferente, sobre todo en Brasil y también en la Argentina, aunque con matices no menores. En Brasil, bajo la forma de *desarrollismo nacional*, se extendió hasta los años ‘90. Se puede afirmar que en la década del 2000, ha pasado a consolidarse una nueva estrategia, que actualiza elementos del desarrollismo en un contexto de activa globalización comercial desde Asia Pacífico.

En 2003, Luiz Carlos Bresser-Pereira introdujo el concepto de *Neodesarrollismo*. Es un “tercer discurso”, entre el *nacional-desarrollismo* -y las distorsiones populistas que tuvo- y el *neoliberalismo*. Es un conjunto de propuestas estratégicas, institucionales y de política económica a través de las cuales una nación de desarrollo intermedio como Brasil busca, a comienzos del nuevo siglo, alcanzar el desarrollo. Las gestiones de Cardoso, y sobre todo de Lula (2002 en adelante) han mostrado, hasta 2011, un mix de políticas entre algunos pocos aspectos del neoliberalismo del Consenso de Washington, aggiornados

a la brasileña, bajo la preeminencia de elementos que algunos han definido como de *Neodesarrollismo*.

El *Neodesarrollismo* es una estrategia de desarrollo endógena, donde las variables principales se desenvuelven en el mercado bajo la dirección de un “Estado fuerte”. No es el Estado el que decide el nivel de la tasa de inversión o del consumo privado, como intenta hacerlo en las visiones intervencionistas. Pero el Estado tiene un rol decisivo en el diseño de una política industrial y comercial procompetitividad, donde la prioridad la deben tener las cadenas de valor exportadoras y aquellas empleo-intensivas, sobre todo en las ramas donde existen ventajas competitivas (O’Connor, 2010).

La idea central es poner a la producción nacional competitiva en el centro de la economía, como generadora de crecimiento, producción y empleo, con aumentos de la productividad y de la equidad. Como la globalización es competencia, el Estado sumado a las empresas nacionales, sale a competir al mundo. Éste logra esto abriendo mercados y financiando a los grupos nacionales. El *Neodesarrollismo* no es proteccionista, sino que es promotor de exportación de bienes y servicios con valor agregado, y a partir de esto, generador de conocimiento e I+D. La inflación es vista como un efecto negativo sobre la competitividad que afecta a la producción, con lo cual las metas de inflación son un instrumento óptimo para moderarla. Para Brasil es clave alinear los precios domésticos con los internacionales, dado que su economía está muy internacionalizada y pretende ser un líder global.

En materia institucional, el Partido Trabalhista (PT) mantiene la gobernanza desde 2002, con fuertes alianzas en el Congreso. La oposición brasileña se encuentra algo desmembrada –aunque menos que en la Argentina– siempre en torno al PMDB. En materia internacional, la inserción de Brasil es creciente, con caminos de liderazgo continental que su país no había mostrado antes en América Central y el Caribe, por ejemplo, o en Asia Menor.

Para Brasil la internacionalización de su economía es clave. La alta inversión extranjera

directa entrante, pero también saliente es una característica. El tipo de cambio apreciado por una década ha permitido la capitalización y la internacionalización de las corporaciones brasileñas, pues en Brasil la moneda local apreciada implica más inversión, y no más consumo, como suele ocurrir en la Argentina hace décadas. El BNDES, Banco Nacional de Desarrollo, ha privilegiado con sus préstamos, a los “campeones nacionales”, es decir, a las grandes corporaciones existentes y nuevas en Brasil, para que realicen IED en el exterior, con la capacidad de competir y ser líderes globales. *Brasil Foods* o *Petrobrás* son algunos de los casos más emblemáticos. Estos son casos de empresas en manos de grupos nacionales, exportadores, inversores y competitivos globalmente, que buscan avanzar en el comercio mundial en rubros centrales para los “Estados fuertes”, como son los recursos naturales, en particular, los alimentos y la energía.

En el caso de la Argentina, la presencia de un “Estado fuerte” se viene incrementando desde fines de 2011, si bien el esquema comenzó a implementarse desde 2003, bajo la creciente forma de un *Nacionalismo Proteccionista*. Argentina sigue “metas de crecimiento”, según la definición que diera la propia Presidente en 2011. En este enfoque se subordinan las variables nominales a objetivos reales de crecimiento del PIB (Curia, 2008). Es decir, la inflación, o el resultado fiscal, son funcionales al objetivo de crecimiento, y se asume que las fuentes de financiamiento del crecimiento son propias y renovables, tal el uso de los fondos de distintos organismos públicos (ANSeS, reservas del BCRA o préstamos del Banco Nación) para financiar el gasto del Tesoro. No se recurre al crédito internacional, dado que el país tiene juicios pendientes en el CIADI, reclamos de *holdouts* por la deuda pública, y obligaciones pendientes con el Club de París. La Argentina ha centrado sus relaciones internacionales en el marco de la UNASUR.

La inflación es “un medio para crecer” en una economía orientada esencialmente al mercado interno, según la posición oficial, y la marcha del consumo hasta 2011, pues éste es el líder del crecimiento, y no la inversión. Por su parte, la IED entrante no es un objetivo de política, reflejando una inserción global

menor. Esto ha permitido que el país se encuentre inmune a los shocks financieros globales, pero ha incrementado el grado de autarquía económica y limitado los *benchmarks* de competitividad de su producción industrial y de logística de servicios.

El proceso de re-nacionalizaciones y creación de capitalismo nacional se ha centrado, como ocurrió históricamente, en la consolidación de grupos empresarios orientados a la producción de bienes no transables, y por ende no sujetos a la competencia internacional, donde los mercados externos no son un objetivo explícito.

El proteccionismo ha sido otra señal de la Argentina, pues ha incrementado las restricciones a la salida de divisas desde fines de 2011 y se incrementaron los mecanismos proteccionistas para proteger a la industria nacional, limitando el ingreso de importaciones. La expropiación de la petrolera YPF en 2012 es una señal en torno a la propiedad de los recursos naturales, o por lo menos de su renta, en un sentido similar a la propiedad estatal del 35% de la renta de las exportaciones del complejo granario-aceitero, desde hace unos años, vía los derechos de exportación, tal como hacen algunos “Estados fuertes” líderes del mundo, como por ejemplo Rusia.

IV. El hombre en los “Estados fuertes”: oportunidades y amenazas

La Iglesia ilumina acerca de las bondades del sistema democrático, alentando su desarrollo desde hace años, en un marco de participación de los ciudadanos.

Las actuales sociedades democráticas, en las que loablemente todos son hechos partícipes de la gestión de la cosa pública en un clima de verdadera libertad, exigen nuevas y más amplias formas de participación en la vida pública por parte de los ciudadanos, cristianos y no cristianos. En efecto, todos pueden contribuir por medio del voto a la elección de los legisladores y gobernantes y, a través de varios modos, a la formación de las orientaciones políticas y las opciones legislativas que, según ellos, favorecen mayormente el bien común (GS 75).

En esta participación, el centro de la economía es el hombre, tanto como protagonista, como destinatario de las políticas públicas, y uno de los marcos de participación más relevantes es la sociedad civil, en un contexto donde el mercado y el Estado comparten el espacio público.

La Doctrina Social de la Iglesia ha mantenido estos principios hasta la fecha, expresados en su última encíclica social, *Caritas in Veritate*:

En la *Centesimus Annus*, mi predecesor Juan Pablo II advirtió la necesidad de un sistema basado en tres instancias: el mercado, el Estado y la Sociedad Civil. Consideró que la Sociedad Civil era el ámbito más apropiado para una economía de la gratuidad y la fraternidad, sin negarla en los otros dos ámbitos (CV, 38).

Al respecto, señala que el rol del Estado debe considerar esta participación de manera especial:

Con un papel mejor ponderado de los servicios públicos, es previsible que se fortalezcan las nuevas formas de participación en la política nacional e internacional, que tienen lugar a través de la actuación de las organizaciones de la sociedad civil. (CV, 24).

La encíclica también ilumina, en junio de 2009, unos meses después del comienzo de la crisis de las hipotecas, acerca del posible nuevo rol del Estado en las economías globales, en diferentes citas.

En nuestra época, el Estado se encuentra con el deber de afrontar las limitaciones que pone a su soberanía el nuevo contexto económico-comercial y financiero internacional. Este nuevo contexto ha modificado el poder político de los Estados (...) Hoy, aprendiendo también la lección que proviene de la crisis económica actual, en la que los poderes públicos del Estado se ven llamados directamente a corregir errores y disfunciones, parece más realista una renovada valoración de su papel y de su poder (CV,24).

Pero también considera los efectos de una intervención del Estado que muestre avances sobre el rol de los ciudadanos:

Cuando la lógica del mercado y la lógica del Estado se ponen de acuerdo para mantener el monopolio de sus respectivos ámbitos de influencia, se debilita a la larga la solidaridad en las relaciones entre los ciudadanos, la participación y el sentido de pertenencia, que no se identifican con el «dar para tener» propio de la lógica de la compraventa, ni con el «dar por deber» propio de la lógica de las intervenciones públicas, que el Estado impone por ley (CV, 39).

Esta situación puede reflejarse sobre todo en relación con la propiedad de los recursos naturales, tema clave en términos de solidaridad global en relación con los recursos energéticos, la seguridad alimentaria y el acceso de los más marginados a una sana alimentación, tal la preocupación central de la FAO en la actualidad, en un mundo con 920 millones de personas con hambre, y en CV 27, que afirma que el problema de la seguridad alimentaria es un imperativo ético urgente. Con respecto a los recursos energéticos, se señala que:

Hoy, las cuestiones relacionadas con el cuidado y la salvaguarda del medio ambiente han de tener debidamente en cuenta los problemas energéticos. El acaparamiento por parte de algunos Estados, grupos de poder y empresas de recursos energéticos no renovables, es un grave obstáculo para el desarrollo de los países pobres (CV, 49).

El riesgo de los “Estados fuertes” es que el centro de la economía sea el Estado, y no el hombre. En estos Estados, el hombre puede llegar a transformarse meramente en un consumidor y un receptor de transferencias públicas, más que un ciudadano, al estilo de las democracias republicanas, perdiendo el rol que tiene al participar activamente en la sociedad civil. Una nueva síntesis humanista requiere de un equilibrio entre Estado, mercado y sociedad civil, donde el hombre siga siendo el centro de la economía.

V. Reflexiones finales

La crisis mundial ha modificado los paradigmas de desarrollo, y el rol del Estado ha cambiado en una serie de países. Los BRIC y los emergentes de Asia siguen liderando el crecimiento mundial, y algunas de estas naciones se conducen como “Estados fuertes”. Las democracias republicanas pagan las consecuencias de un capitalismo financiero desenfrenado, que exacerbó el consumo, y siguen en crisis, como las naciones de la Unión Europea, o crecen lentamente, como EE.UU. Los países de América del Sur, productores de materias primas, alimentos y energía, siguen creciendo, y Brasil y la Argentina, por otra parte, lo hacen de manera diferente, debido a dos estrategias de desarrollo distintas.

La crisis global ha puesto en tela de juicio muchos supuestos, y está impactando en la teoría económica del desarrollo. La nueva organización económica derivada de la crisis de las hipotecas muestra una mayor dispersión entre los países. Las democracias, repúblicas moderadas o gobiernos hegemónicos se alternan en el poder, y los “Estados fuertes” políticamente y con intervención en la economía se destacan, con matices diversos, entre emergentes con abundancia de recursos naturales. Estos se preocupan por el control de los recursos naturales y de su renta, total o parcialmente.

El riesgo que esto implica es que el centro de la economía sea el Estado, y no el hombre, que puede transformarse apenas en un consumidor, o un receptor de transferencias públicas, más que un ciudadano al estilo de las democracias republicanas. Un nuevo humanismo requiere de una mayor participación en la sociedad civil, promoviendo un contexto donde el mercado y el Estado tengan su rol, y donde el hombre sea el centro de la economía, bajo la primacía de la libertad y la justicia en conjunto.

Referencias bibliográficas

- Benedicto XVI (2009). *Caritas in Veritate*. Ed. Paulinas.
- Bresser-Pereira, Luiz Carlos (2003). *Desenvolvimento e Crise no Brasil: 1930-2003*. Sao Paulo. Editoria 34.
- (2007). “Novo desenvolvimento e ortodoxia convencional”, en *Globalização, Estado e desenvolvimento - Dilemas do Brasil no novo milênio*. Fundação Getulio Vargas.
- Curia, Eduardo (2008). *Teoría del modelo de desarrollo de la Argentina. Las condiciones para su continuidad*. Buenos Aires, Galerna.
- Jaguaribe, Helio (2004). *Argentina y Brasil. Problemas y perspectivas ante el siglo XXI*. Instituto de Estudos Políticos e Sociais.
- Knight, John (2007). *China, South Africa and the Lewis Model*. Department of Economics, University of Oxford.
- Krugman, Paul (2004) *The Myth of Asia's Miracle*. <http://web.mit.edu/krugman/www/myth.html>
- Helpman, Elhanan, Oleg Itskhoki and Stephen Redding (2008). “Inequality and Unemployment in a Global Economy”. *NBER working paper series*. Working Paper 14478.
- O'Connor, Ernesto (2010). “El Neodesarrollismo brasileño como propuesta de desarrollo para Argentina”. *Estudios Económicos de Desarrollo Internacional/ Economic Studies of International Development*. Volumen 10-2 Julio-Diciembre. Universidad de Santiago de Compostela.
- Resico, Marcelo (2012). “El capitalismo de estado como modelo no sustentable”. *Informe de Economía e Instituciones*. Programa de Estudios en Economía e Instituciones. Escuela de Economía “Francisco Valsecchi”, UCA. Año 5 – N° 1.
- Rodrik, Dani (2011). *The Globalization Paradox: Democracy and the Future of the World Economy*. New York. W.W. Norton & Co.
- (2005). “Nuevos enfoques en la economía mundial”. *Boletín Informativo Techint* 318.
- Sachs, Jeffrey (2011). *The Price of Civilization: Reawakening American Virtue and Prosperity*. Random House.
- Siscú João, Luiz Fernando de Paula e Renaut Michel (2005) *Novo-Desenvolvimentismo: um projeto nacional de crescimento com equidade social*. Editora Manole. Fundação Konrad Adenauer.
- Viotor, Richard H. K. (2007). *How Countries Compete. Strategy, Structure, and Government in the Global Economy*. Boston, Massachusetts. Harvard Business School Press.

¹ Otros autores lo definen como un nuevo capitalismo de Estado. Resico (2012) señala que “El capitalismo de Estado es un sistema en el que el gobierno actúa como el actor económico dominante y utiliza los mercados básicamente para su beneficio político”.